

El Pabellón azul

Y continúan la injuria y la calumnia, esgrimidas con afán inaudito, en manos de nuestros adversarios.

Y continúan la mentira y el engaño, artificios con que pretenden ellos deshacer, pulverizar, "convertir en humo" la reputación del Jefe insospechable.

Y continúan la vulgaridad y el servilismo, como negros oleajes en noches tempestuosas, batiendo la bien cimentada roca de donde se levantan, esparciendo raudales de luz brillante, las nobilísimas ideas republicanas.

Los ciegos esa luz esplendente que aleja las tinieblas del caos de ignominia en que ellos se mueven, en que ellos maquinan, desde donde ellos asedian, y no perdonan que así, francamente, valientemente se les exponga al examen popular.

Ocultos, como estuvieron, en el tenebroso fondo de sus omnipotencias que han sellado con sus desplantes, no aprendieron jamás sino a usar armas traidoras, que por tanto tiempo hirieron todo lo más santo y sagrado de la nación. Y hoy que el grito potente, arrollador de la Democracia, los repele obligándolos a abandonar para siempre sus guaridas emponzoñadas, sienten quizás la nostalgia del poder y sus prebendas, y cual otro Lucifer, mezclan entre sus gemidos de desesperación las imprecaciones que lanzan contra el Jefe esclarecido.

Ayer una calumnia, hoy otra; nuevas mentiras cada día, odiosos embustes a cada momento. Tales son las creencias, las hechuras con que acreditan sus pretensiones a la Presidencia de la República esos pájaros de plumajes tan dudosos.

¿Qué quieren, qué se proponen con el escándalo tremendo que han hecho y siguen haciendo? Acaso es tan menguada su inteligencia que no alcanzan a comprender que dentro del país no hay quien les crea, pues ni ellos mismos están convencidos de la bondad de su proceder, y que fuera, en el extranjero, es el desprestigio

del país entero la consecuencia de su reprochable conducta?

Hunden así la buena fama nacional y se llaman patriotas esos hijos de la especulación.

Atentan contra la honra ajena, y se llaman ciudadanos dignos.

Obcecados por sus odios olvidan sus humos de aristócratas y se convierten en ridículo juguete de sus insanas pasiones.

"No puede haber trastorno político sin furor popular, ni peligro para el pueblo desencadenado sin desorden y víctimas", y son ellos, los dignos, los sabios, los patriotas, los que, famélicos, poseídos de la ira de satán, provocan el desorden y soliviantan los ánimos.

Hipócritas, que llevando sólo odios y ansias de venganza en vuestros corazones, os llamáis regeneradores, salvadores de la Patria, oíd: la Historia os juzgará después de haberos juzgado el pueblo, ese pueblo con que queréis comerciar, y como éste, os condenará. Dirá de vosotros que ansiosos de riquezas y honores inmerecidos, os lanzasteis a su conquista blandiendo el envenado puñal de la infamia. Dirá que bajo la túnica de patriotismo con que os cubrís, ocultáis las traiciones que os dieron vida y todas las suciedades de vuestra alma. Dirá que fuisteis malos ciudadanos y malos amigos, y las páginas que se manchen con vuestros nombres, serán páginas tan negras como las intrigas que fraguáis.

En cambio, compañeros republicanos, los descamisados podremos sentir la satisfacción del deber cumplido, cuando veamos a Costa Rica seguir prosperando al impulso vigoroso de un gran corazón y una preclara inteligencia; cuando enarblando el pabellón azul triunfante, veamos al digno Jefe republicano dirigiendo con la seguridad de un buen piloto los destinos de la Patria.

Juan José

(De "El Republicano")

La nueva falange

No ha mucho tiempo, registrando y revolviendo papeles desteñidos por la acción destructora a que vive encadenada la materia, encontré en ellos acaso con tristeza, un rico paraíso costarricense, en el que por desgracia sólo figuraban escasísimos poetas y literatos de talla, en el desamparo de la vida práctica, que envolvía (y aún envuelve) talentos extraordinarios hechos talvez para gloria de la lengua nieta de la de Homero, llevándolos entre sus pliegues de absorción por caminos extraviados, por sendas de las que nunca, con raras excepciones, se sale para volver a la mansedumbre espiritual y el recogimiento sagrado del arte. Y es que aquellos y estos talentos, plétóricos por un lado de entusiasmos artísticos, están sujetos también a una ley indestructible, a saber, la ambición, la ensoñación eterna con lo superior, que por incomprensible aberración quieren hacer realidad tangible entrando por la vereda del comercio y de la banca, y perdiéndose así en sus laberintos de oro, cuando perdiéndose de otra suerte en los del Arte, hubiera sido posible encontrar, sino el fin, por lo menos el gozo inefable de sus panoramas, en armonía suprema con el infinito, acercación inconsciente a Dios, meta del pensamiento humano.

Pero estos, acaso la mayoría de los favorecidos con el fuego celeste de Prometeo, son idealistas cuyos caleidoscopios pueden, sinó perder sus virtudes, por lo menos empañarlas con el desencanto apático, producido por el ambiente ahogador de la burguesía, comparable por su riqueza y poco gusto con una joya de rico metal, que hubiera sido trabajada sin arte ni inspiración; pero, existe también una avanzada juvenil, cuyos ideales suelen trocarse, de bucólicos y pacíficos, en trágicos y guerreros, cuando sus almas de fuego no encuentran salida para sus vibraciones internas en medio de la mediocridad en que viven: sus espíritus, ansiosos de latiguar se beben como un mar torrentes de ironía, rinden culto a Belona, y al conocer el corazón humano, ven sus imposiciones y tiranías convirtiéndose muy pronto en falanges demosténicas de agudas filípicas y de esta suerte el lago de los cisnes se trueca en un océano de sirenas.

La nueva falange ha borrado la amargura pasada, reemplazándola por la alegría inaudita del esfuerzo nuevo, al ver el brote espontáneo, fuerte aunque incipiente, de esos jóvenes, avezados y terribles como los estudiantes de la bohemia parisién de 1840, filósofos niños que no desconocen "la vida vivida" ni los matices del vino. Negar el efecto de la mano sapiente y culta de nuestros educadores, sería precisamente negar el talento en honor del cual escribimos estas líneas; pero, no obstante tal afirmación, diré que han dejado campo enorme sin la tala que renueva la fertilidad del terreno, pues se cuentan por docenas los jóvenes surgidos a mandoble limpio contra destinos crueles y oposiciones incomprensibles por parte de gobiernos de inverosímiles contrastes con las ideas en prédica; verdaderos cachorros montañeses afinados por la propia reflexión, tanto más difícil cuanto que la enorme masa pública se obstina en desoír el clamor de esas almas bullentes, que por desgracia tienen que pedir su consagración al altar de las mayorías inconscientes, consagradas por el uso, como jueces cuyo fallo ha de decidir el triunfo o la derrota del nuevo luchador. No deja de dar lástima, poner esa balanza en las manos inexpertas de la sanción pública.... Porque hemos de convenir que de ese universo celular, de ese organismo que constituye el todo de los países, sólo en parte muy pequeña saben girar las ideas y madu-

rarse con el calor de la fruición intelectual. Viendo correr el espasmo naciente de los nuevos luchadores, puede esperarse un renacimiento grandioso en la juventud, de que por gracia divina formo parte, cuando no hace mucho se desesperaba de encontrar en los colegios y escuelas, elementos de prosperidades futuras, que supieran agrandar y cultivar el campo en plena ciega legado por nuestros mayores.

Si no temiera apartarme de la idea que he querido imprimir a estas líneas, daría los nombres de esos nuevos campeones, que aparte de esto resultara ocioso nombrarlos, ya porque se conocen, ya porque no he querido herir susceptibilidades.

Conservatismos inexorables han afirmado encontrar en la lucha pública de la nueva simiente, un veneno moral en las tribunas políticas que aberra el camino estudiantil: yo creo, lejos de eso, que la misma naturaleza impulsa a la borrasca, y si el espíritu se amista con ella, ha de saber llevar con serenidad sus efectos, tanto más, si ha sido un torneo de cultura la lucha tribunicia, que indudablemente es un eco perdido de la raza antigua, cuyos pueblos llegaron a comprender con perfección la fuerza de la palabra, que en gestación con los grandes principios, inspira y levanta el alma popular.

La única ponzoña que acaso podría verter su veneno en la fibra hiperestésica de los jóvenes luchadores, sería el apasionamiento, inherente en primer lugar, al calor de las ideas, y en segundo a la inexperiencia natural en los que podemos llamarnos "vividitos en teoría". Pero, esto, aparte de tales consideraciones queda debilitado por la fuerza de acción que impone una educación paulatina de la voluntad, por medio de entrenamientos poco difíciles que llevan la muerte a los elementales del espíritu, tanto más seculares cuanto mayor es el descuido de aquella.

No hay para que atacar con rudeza tales fines, en personas vegetadas en ambientes de calma, que encontraron, al revés de los que he mencionado, salida para los vapores volcánicos de su juventud; entonces no había esa oposición enmascarada de ahora, que tiende a formar de los cerebros hechos para las divagaciones de la abstracción, cabezas que mediten la forma apropiada de acumular millones como la suprema aspiración de la vida, principio malhechor que hace de los corazones sanos, corazones de rapaña dispuestos a vivir en eterna lucha de intereses contra sus iguales...

"La nueva falange" ya sintetiza la aurora matutina, el despertar del alma latina, encadenada al ensueño como el dios de la fábula a los cerros caucásicos; pero si de esa salvación esperan los mercaderes alguna entrada al haber de sus miserias esplendorosas, que arruguen el ceño porque esa falange no entrará a conocer de sus participaciones en el relajo que ahoga hoy por hoy el verdadero sentido de la existencia, jamás hecha para el embrutecimiento material, sino para la afinación de la misma, para la epopeya de purificación divina, que cantó el maestro Jesús en la cumbre del Calvario.

Rafael Cardona

San José, 5 de agosto de 1913.

EL ALCOBOLISMO

¿Cuál es la lucha más noble y más leal? La que se emprende en pro del que se ve desfallecer y flaquear ante las contantes luchas por la vida, o que tentados por los corruptibles y propensos deleites del placer, caen embriagados por los miasmas, al charcal inundo de los vicios.

Ardua tarea es ciertamente, la de levantar o regenerar el caído o el vicioso, pero conforme es de tardado y difícil el vencimiento, así es de loable y satisfactorio el triunfo que se alcanza.

Algunos de nuestros intelectuales modernos y de honradez sin sombra, y dentro del pequeño círculo de nuestra sociedad, han dado a nuestra vista un buen artículo, una buena conferencia o un discurso, y nada más.

Solo la insinuación; sin que ninguno se resuelva a empuñar el estandarte de redención y emprender la campaña contra los vicios y los males, contra todo aquello que empañare la diafanidad de la virtud y la moral.

¡Ahora quisiera que me explicara alguien ¿por qué esa irresolución? Será porque tal clase de conquistas no da ni ficticias glorias, ni fama que les bañe con profusión de elogios y fecundidad de oro?

Roberto Casasola J.

San José, 9 de agosto de 1913.

ALMAS TRISTES

Amo las almas que lloran—mis hermanas—
Las amadas del dolor, las que han perdido
En su paso por la vida, en caravanas,
Su marchito corazón adolorido.

Amo esas almas, sí, errantes por doquier
En el profundo mar de sus soñaciones,
Que piden caricias a las infiel Quimeras
A la infiel Quimera de sus ilusiones.

Amo a las almas tristes, aves viudas
Y entumecidas, mirando siempre al suelo,
Las que piden luz al sol, las que en las rudas
Borrascas de la vida imploran cielo.

Melancólicas, aisladas, cual la roca
Que azotan las olas sin compasión
Y que ciegas dejan su vida en cada boca
Y hecho pedazos también su corazón.

Almas que no tienen ni Eulalias, ni Ofelias
Que calmen sus penas o les hagan reír;
Que les rieguen lirios o les den camelias
O les brinden risas de cielo y zafir.

Amo esos pobres Cristos, los que en sus ojos
Llevan la huella fiel de la desilusión,
Los que en vez de flores tuvieron abrojos
Donde hicieron jirones su corazón.

Sé de esos seres sus íntimos secretos,
Visionarios del Ideal, huérfanos de amor;
Secas floraciones de tallos erectos
Que se deshojaron sin esparcir olor.

Sueñan ellas con palacios de diamantes
Do tienen sirenas, sílfides y diosas
Con labios rojos de besos delirantes
De glaucos ojos y manos deliciosas.

Almas que llevan el corazón vacío
Arrastrando por el mundo su amargura,
Cantando decepciones, riendo de hastío
Y poniendo en sus heridas la dulzura.

M. Midence Cabrera

PANDEMONIUM

Revista Mensual Ilustrada

Se envían números gratis de muestra a quien los solicite.

ANTONIO FONT.—San José.